

EL VERANO, TODOS LOS VERANOS *Manilva*

El oasis «secreto» de Málaga

Situada en la ruta de los pueblos blancos de la costa occidental andaluza, el municipio conjuga unas playas apacibles con un entorno rodeado de vides



En Manilva se puede disfrutar de ocho kilómetros de playa

MARINA FERNÁNDEZ
DE CÓRDOVA



En el extremo más occidental de la provincia de Málaga, sobre una suave loma situada a dos kilómetros del litoral, se levanta Manilva, enclavada en la Costa del Sol y muy cerca ya de la provincia de Cádiz. Volver allí significa el retorno a la casa familiar, donde han crecido mis hijos. Es un escondite en el que solo existe la tranquilidad, la paz, el sosiego y el silencio. Es como si la propia naturaleza del municipio te obligara –aunque sea a la fuerza– a descansar.

Manilva tiene todo lo bueno de las grandes ciudades pero con las comodidades propias de un pueblo. Si uno no quiere, no se encuentra con nadie. Y lo contrario.

La población se sitúa en la ruta de la serranía –cerca de los llamados pueblos blancos–, de modo que, a menos de veinte minutos de allí, uno puede optar por las más variadas actividades: desde practicar deporte en Sotogrande en un campo de golf fabuloso, salir a divertirse en Marbella o acercarse a San Pedro Alcántara, a media hora en coche, donde por otra parte se come estupendamente.

Yo he crecido en Manilva y tengo un cariño especial a todo lo relacionado con mi pueblo, que asocio con recuer-

A tiro hecho

► Dónde dormir

El Duquesa Golf (Nacional 340. Tel. 952 89 0725), para los amantes de este deporte. Y el Hotel Don Agustín (Duquesa de arcos, 57. Tel. 952 89 31 39)

► Dónde comer

En la carretera de Casares está la Venta Victoria, con una tortilla de patatas magnífica. Más arriba está «The Forge», donde se escucha jazz y cocinan cordero al curry.

► Dónde divertirse

De entre sus 8 kms. de playa destacan la de San Luis de Sabinillas, Los Toros, El Negro, Las Arenas y Chullera, que conforman la Reserva Ecológica Playas de Manilva

dos personales, como el jardín de la casa de mi familia o el chiringuito «Bahía Beach», desde donde se disfruta de una impagable puesta de sol a pie de playa.

Pero Manilva no es solo relax y divertimento: la localidad cuenta también con una amplia historia a sus espaldas. César León, que fuera arqueólogo e historiador municipal, comenta muchas veces que, pese a la mezcla de culturas, «Manilva ha sabido conservar intactas sus cos-

tumbres y sus fiestas de gran arraigo», como la vendimia o la festividad de Nuestra Señora del Carmen. El patrimonio cultural de la localidad no es precisamente despreciable: los Castillejos de Alcorrín –una gran fortaleza amurallada del siglo IX a.C.– y el entorno del Castillo de la Duquesa, «compuesto por necrópolis, villa, termas y una factoría de salazón de pescado» suponen dos visitas inexcusables para quien se deje caer por estas tierras.

Precisamente por su historia y tradición artística, uno de los pueblos blancos del interior, Gaucín, próximo a Manilva, se ha convertido en un importante núcleo de galerías de arte que permanecen abiertas durante todo el verano. Una vez allí, merece también la pena disfrutar de una de las mejores vistas del Estrecho y el Peñón, cuando el horizonte es infinito. Poca gente se acerca hasta allí, la mayoría algunos británicos afinados en la zona.

Tampoco uno puede irse de Manilva sin probar la uva de moscatel, que a mediados de agosto está en su punto de sazón. Si hay algo que echo de menos estando aquí son las cenas en el jardín de mi casa en los meses de verano, cuando el único manjar (¡pero qué manjar!) que degustábamos eran las uvas moscatel de Manilva acompañadas con un queso.

MAÑANA, *San Vicente de la Barquera*

VISTO Y NO VISTO



IGNACIO
RUIZ-QUINTANO

HIJOS

Los chiquillos de los políticos se casan (o no) con las chiquillas que tienen las Marías de los Costus

En 1934, Steiner tenía cinco años. Hubo en Francia un gran escándalo financiero y los antisemitas se echaron a la calle al grito de «¡Muerte a los judíos!» Steiner recuerda a su mamá bajando las persianas y a su papá gritando: «¡Sube las persianas!», tomándole de la mano para mirar. Entonces le dijo algo que marcaría su vida:

–No debes tener miedo nunca: lo que ves se llama historia.

(Que es la versión bien educada de la paliza que a Cellini, con cinco años, le propinó su padre cuando apareció una salamandra en el fuego, para que jamás olvidara tan extraordinaria visión).

En América, el vicepresidente Joe Biden, que tiene cara de Paquito Espiá y que cree que África es un país e Irak una democracia suiza, ha colocado a su chiquillo de cobrador del gas ucraniano en lo que bombardea Mesopotamia.

Porque, para la historia, los políticos no tienen hijos; tienen chiquillos, que luego se casan (o no) con las chiquillas que tienen las Marías de los Costus.

Aquí, el chiquillo de Suárez mataba toros. El chiquillo de González se dejó coleta (no nos cansaremos de señalar el origen filipesco-cantinflesco de Pablemos). El chiquillo de Aznar tasaba la obra de Gerardo Rueda para Blesa, que era más de perdices que de collages. Las chiquillas de Zapatero asustaron a Obama («lo que ves se llama historia», debió de decirle Michelle). El chiquillo de Rajoy perdió al fútbol, con sus padres delante, 23-3 ante el equipo Libertad Constituyente patrocinado por Trevijano. Y los chiquillos de Pujol...

Emilia Landaluce nos contaba el domingo las habilidades (muy de la psicología de Uday o Qusay Hussein) que un pujolín, con las yemas de los dedos (que tampoco serán las de Warren Beatty) ensalivadas, hizo con los canapés en un cocktail con el Príncipe de Asturias. «Fill meu!». Deditos escribiendo en el hojaldre de un canapé lo que los dedos bíblicos en la cal de la pared en el festín de Baltasar:

–Mené, téquel, fares. («Comptat, pesat, dividit»)